

Entrada libre

En defensa del libro. Sobre los placeres perdurables del papel, la letra, la página y la tinta

William H. Gass

Tomado de *Harper's Magazine*, noviembre de 1999. Traducción de Alma Parra.

Cuando Ben Jonson era un niño, su tutor William Camden lo convenció de la virtud de llevar un cuaderno de apuntes: páginas en las que el ávido lector pudiera copiar los pasajes que le gustaran particularmente, conservando las frases que le parecieran lo suficientemente oportunas o sabias o bien hechas y que, transcritas en un nuevo lugar, en un contexto favorecedor, las recordaría mejor, como si en ese momento las depositara en la memoria. Allí habría más que meros giros de frases que iluminarían una página que de otro modo se vería triste. Allí estarían aseveraciones aparentemente verdaderas capaces de enderezar un alma deforme con tan sólo verlas de nuevo, inscritas, como estaban, por la mano santa y regordeta de un niño, para leerse como los teoremas de un libro de texto, así de fundamentales y básicas eran.

Jonson tradujo o reescribió las citas y las relacionó con reflexiones frescas hasta que su esencia pareciera suya, y asimismo las entrelazó finamente, que es como hoy se lee el trabajo, aun cuando no es sino una colección de páginas sueltas tomadas, después de su muerte, de los inermes cajones de su escritorio. El título, alargado a la manera de la época como una explicación, se lee: *Leños: o Descubrimientos realizados sobre los hombres y la materia: tal como han emanado de sus diarias lecturas o como se han revertido en su peculiar noción de los tiempos*; y le sigue un epigrama sacado de las *Sátiras* de Propercio: “En tu propio interior en busca de un merecido alivio, te sonrojas al ver lo poco que hay ahí”. Con elegancia que se ha perdido en nuestros analfabetas tiempos, Jonson llena la siguiente página, titulada *Sylva*, con una justificación del título en culto latín, que podría traducirse así:

[aquí están] las materias primas de los hechos y pensamientos, los leños, por así decirlo, así llamados por la multiplicidad y variedad de pulpa en ellos. Pues así como acostumbramos llamar

No entenderemos qué es un libro, y por qué el libro vale más que varias personas y aún más, por qué es menos prescindible que una persona, si olvidamos la importancia de su cuerpo, ese edificio que fue construido para guardar juntas y a salvo las líneas del lenguaje a través de muchas aventuras a lo largo del tiempo.

a un vasto número de árboles que crecen indiscriminadamente “un bosque”, los antiguos llamaban madera, o árboles de madera a aquellos de sus libros en los que había artículos al azar sobre varios y diversos temas.

Mi ejemplar de los *Descubrimientos* tiene su propia historia. Proviene de la biblioteca de Edwin Nungezer (Catálogo núm. 297) quien tenía la costumbre de poner su nombre y la fecha en la primera página de cuanto libro adquiría (2/22/26), así como de poner otra vez nombre, fecha y lugar, al final del texto, cuando terminaba de leerlo (Edwin Nungezer, Itaca, Nueva York, 17 de octubre de 1926). Él subrayó y anotó el libro como cualquier profesor podía hacerlo (sobre todo, con una grata y serena confianza, con tinta), traduciendo del latín como si supiera que bobos como yo seguirían su guía y apreciarían sus útiles glosas. Ya he citado una de sus anotaciones. Mis anotaciones al margen, en más cuidadoso lápiz, también están ahí, así que el texto de Ben Jonson, de por sí un palimpsesto de los escritos de otros, se ha convertido (a través de la serendipítica asistencia de la reimpresión de *The Bodley Head* que recupera lo que va de 1641 a 1923, ciertamente no en un libro, pero sí con unos cuantos brincos), en alimento del profesor de unos años más adelante, y después en el mío en 1950, en el remate de sus bienes, cuando, con compuesto y consciente formalismo puse mi nombre en la primera página: William Gass, Cornell '50. Aún así, el libro le pertenece a su primer propietario académico; yo sólo lo tengo en comodato. Ahora, en 1999, lo tengo en mis manos.

Otro libro que también es una biblioteca pero de forma diferente es *A History of English Prose Rythm*, de George Saintsbury, que da testimonio de lo que sucede cuando un huésped es recibido en una posada con poderes transformatorios como la de Ben Jonson: “...la selección, coadaptación y aplicación de frases prestadas para expresar los puntos de vista de Ben constituyen un trabajo realmente más original que la mayoría de las expresiones menos literarias”.

Al establecer el origen de mi ejemplar de *Descubrimientos*, hice lo mismo para la siguiente frase, la que marqué con una línea delgada sobre el margen cuando buscaba opiniones sobre la metáfora para mi tesis (hoy, a Dios gracias, un viejo recuerdo); es una frase que (desde entonces me ha sido útil en diversos casos) me sé de memoria, y un tesoro, en tanto me es ahora particular y personal como lo es el libro del que la saqué, como el papel que se usa para envolver el pescado con papas: “¡En cuántos asuntos vanos desaprovechamos buena parte de nuestras vidas! Repartiendo *adulaciones*, pagando *visitas*, reuniendo y propagando *novedades*, acudiendo a *Fiestas y Teatros*, echándonos una cana al aire en un rincón oscuro.”

No entenderemos qué es un libro, y por qué el libro vale más que varias personas y aún más, por qué es menos prescindible que una persona, si olvidamos la importancia de su cuerpo, ese edificio que fue construido para guardar juntas y a salvo las líneas del lenguaje a través de muchas aventuras a lo largo del tiempo. Las palabras en una pantalla tienen, seguramente, cualidades visuales, y éstas se delinean iluminando su forma, pero no tienen materialidad, son simplemente sombras, y cuando la luz cambia desaparecen. Fuera de la pantalla no existen como palabras. No aguardan para ser vistas de nuevo,

releídas, sólo esperan para re-hacerse, para ser encendidas de nuevo. No me puedo ir con ellas debajo de un árbol o a un porche; no puedo discutir con ellas en sus márgenes; no puedo disfrutar del recuerdo de mi consternación cuando, quizás años más tarde, regreso a mi atesorada copia de *La Isla del Tesoro* para encontrar la jalea que descuidadamente embarré manchando la página justo en la parte en que Billy Bones saca a Perro Negro del Admiral Benbow con una sarta de amenazas y donde, al fallar el blanco de su machete, hace una muesca en el anuncio de la posada.

Mi ejemplar, que todavía tengo, era de los más baratos. Fue publicado por M.A. Donahue y Co. de Chicago, no tiene fecha, y sus corrientes páginas están amarillentas y quebradizas, pese a todo lo cual han sobrevivido a su productor, y sobrevivirán a su lector —lo que es reconfortante aunque un poco triste a la vez. Sus páginas, de hecho, huelen a su edad, a su decrepitud, y la embarrada de jalea es como un moretón viejo; como la cicatriz que hizo Marcel con su magdalena, como recuerdo de su accidente; yo recuerdo también como un golpe en mi pecho cuando la mancha negra era presionada en la palma de Billy Bone y Blind Pew aparecía en una calle, en un pasaje que incluso yo sabía era una pieza de prosa ejemplar.

Ese libro y yo nos queríamos mutuamente, y no me refiero sólo al texto: el libro, que entonces estaba nuevo, con su cubierta lisa y brillante, su papel centelleante como el mar agitado y listo, como Long John Silver, para una pelea. Su pasta, firme como el elástico de la ropa interior nueva, no flojo como está ahora, después de tanto abrir y cerrar, y de tantos años de resequedad, ese libro le había nacido a mi cuarto y vivió en él durante mis miserias preparatorias en un librero de tienda barata, y también me acompañaría a la universidad empacado en una bolsa de lona que yo cargaba como marinero. Su cuerpo puede haber sido hecho a máquina de forma muy barata, y puede que se hayan impreso muchas copias de esa edición, pero actualmente, todo el tiraje debe estar disperso, reducido a su papel de mi viejo compañero de clase, al que veo en una reunión ocasional junto con las ediciones de Malory y Mann, Nietzsche y Schopenhauer, Hardy y Spengler, tristes amigos de mi triste juventud. Cada copia tomó camino hacia las librerías en busca de compradores a quienes hacer afortunados, y cada uno ha tenido su historia de éxito o fracaso, acomodado entre rarezas y piel o bien, después de una semana de inundar de llanto la librería, encontrarse de repente en un ghetto de segunda mano, botado en un “deshuesadero”, como se dice de los coches, por una bicoca, habitualmente por herederos insensibles.

A todos nos encantan “las refacciones”. Las rescatamos como huérfanos de la congoja dickensiana. Yo primero tomo el volumen de arriba hacia abajo y sacudo sus páginas hacia fuera, como si estuviera sacudiendo fruta de un árbol: salen palillos y pasadores, tarjetas y virutas de papel, la envoltura aplanada de un chicle Doublemint, un obituario del autor del libro, cuidadosamente doblado, un recorte de periódico que acidificó las páginas oscureciéndolas, o de vez en cuando, un mensaje, escondido en el texto como el que saqué de un volumen que le perteneció a Arthur Holly Compton (y que me vendió la biblioteca de su propia universidad). Era el borrador de un telegrama dirigido a un alto comisionado de Estados Unidos a cargo de nuestras tropas

Las palabras en una pantalla tienen, seguramente, cualidades visuales, y éstas se delinean iluminando su forma, pero no tienen materialidad, son simplemente sombras, y cuando la luz cambia desaparecen. Fuera de la pantalla no existen como palabras. No aguardan para ser vistas de nuevo, releídas, sólo esperan para rehacerse, para ser encendidas de nuevo.



Incluso como estímulo de la memoria, un libro atesorado es más importante que una tarjeta de baile, o la foto que te congela a punto de caer en la orilla del Gran Cañón, porque ese libro puede ser un evento importante en la historia de tus lecturas, y tus lecturas (asumiendo que tú eres importante) deben constituir un segmento esencial de tu carácter y tu vida.



de ocupación en Alemania requiriendo el envío inmediato de Werner Heisenberg a Estados Unidos.

¿Debemos atribuir nuestros sentimientos por el objeto y sus vicisitudes a un sentimentalismo nostálgico, o a lo que asumimos comúnmente como resistencia al cambio? Yo pienso que no; incluso como estímulo de la memoria, un libro atesorado es más importante que una tarjeta de baile, o la foto que te congela a punto de caer en la orilla del Gran Cañón, porque ese libro puede ser un evento importante en la historia de tus lecturas, y tus lecturas (asumiendo que tú eres importante) deben constituir un segmento esencial de tu carácter y tu vida.

A diferencia del amor que hacemos o de los alimentos que comemos, los libros se congregan a nuestro alrededor formando un registro de lo que ha llenado nuestro estómago o nuestro cerebro. No son trofeos de caza sino los mismos animales vivos.

En la logotipia ideal, cada persona tiene su propia biblioteca y la incrementa semanal si no es que diariamente. Las paredes de cada hogar parecen hechas de libros, y para donde una voltea sólo ve los, porque cada libro de verdad (no diccionarios, almanaques y otras compilaciones) representa una mente, una imaginación, una conciencia. El conjunto forma una civilización, o incluso varias. Las utopías, sin embargo, tienen la mala costumbre de ocultar las recetas para el éxito, los requisitos del poder, las reglas que tienen que ver con la conducta, que algún día alguien tendrá que observar, emplear y poner a funcionar, para que una vez cumplidas puedan conservar la esencia de su existencia. Los libros me han enseñado lo que es el verdadero dominio, cuál es una regla correcta, es como el consentimiento y esfuerzo del lector que soñará con los sueños de una página que lo merezca y no esperará nada más que sus palabras a cambio.

Unos cuantos de nosotros somos lo suficientemente afortunados de vivir en Logotipia, de tener nuestra propia biblioteca, pero para muchos esto no es posible, y por ello necesitamos una institución libre y abierta con una colección equilibrada de libros bajo su custodia y para préstamo, con repisas donde el visitante pueda vagar, curiosar y realizar descubrimientos; una institución que como pocas le otorgue al público ese poder. De hecho, no tiene rival ya que los libros de una biblioteca pública son los libros que temporalmente pueden residir en tu biblioteca o la mía. Nosotros compartimos su riqueza del mismo modo que compartimos el espacio en un parque público. Y los beneficios incluyen la educación del cuerpo político, una educación de cuyo éxito depende la democracia y una educación que hace falta entre las masas intrigantes, promotoras de chismes, que se han conformado con colocar a su gobierno, a sus valores, a su fe y a sus planes futuros en los más crudos intereses comerciales. Los mitos que nos han llevado hacia la devoción a través de los modos impuestos y planeados por la Iglesia, o a sentir acerca de las cosas de un modo que ha servido a los intereses del estado tienen actualmente menos poder sobre nuestras almas que la última barata de zapatos, cuya promesa de gloria en sus nombres, los placeres del sexo y salud y rango social da nuevo significado a la vieja expresión "acto de fe".

Mi preparatoria no tenía una biblioteca digna de llamarse "libro", por lo que caminaba cerca de una milla hacia el centro a la biblioteca

pública para pedir prestado, en casi todas las ocasiones, un nuevo mundo. Eso es lo que la biblioteca hace por sus clientes. Extiende el ser, es puro otorgar poder. Yo reunía mis tres o cuatro elecciones, después de deliberaciones guiadas por conjeturas ignorantes, y así, antes de irme, me sentaba en una de las anchas y largas mesas que hoy asociamos con esa institución y leía una página o dos más de las que había leído al consultarlos de pie en los estantes. Despreciaba los libros que parecían apropiados para mi edad y escogía sólo aquellos que no entendería. Leer lo que no entendía fue, durante algún dichoso periodo de mi vida, una fuente de profundo, si no es que perverso placer. También me gustaba mirar la tarjeta pegada a la contraportada del libro que registraba préstamos anteriores, es decir, como una tarjeta que como mucha otra información no quedaría incompleta. Me llenaba de gran satisfacción llevarme a casa algún tomo secreto, raramente leído, simbólicamente polvoso. Me llevaba del mostrador tanto mis libros como mi orgullo. Ve, oh mundo qué es lo que leo y asómbrate: Joyce, Wells, Carlyle, Wells, a Wells lo entendía. Me di cuenta más tarde qué era lo que pasaba con él.

Y el sábado que el *Ulises* me fue negado porque mis oídos eran demasiado jóvenes para escuchar su honestidad fue un "día de fiesta" que celebré en mi simbólica intimidad donde quiera que estuviera entonces, porque ese día supe lo que era la verdadera indignación; ahí fue donde me di cuenta para qué servían en realidad las bibliotecas, sólo en el momento en que la mía no cumplía con su función.

Las bibliotecas públicas han sucumbido a las mismas presiones que abruma a las funciones culturales básicas de los museos y las universidades, mismas que deben conservarse como antes, no porque las viejas costumbres sean siempre mejores sino porque en este caso han sido las correctas: el mantenimiento de los estándares, la preservación de calidad, la conservación de la historia del alfabetismo, la educación del corazón, del ojo, de la mente. Actualmente las bibliotecas dedican demasiado de su restringido espacio, y de su limitado presupuesto, al entretenimiento público. Es un hecho de la vida filisteica que el entretenimiento está donde está el dinero.

Las universidades atraen a los estudiantes prometiéndoles, en nombre de sus padres, un presente feliz y un futuro confortable, y esas intenciones se transmiten al sistema como la salmónela hasta que surgen los cortes presupuestales, se escatiman los recursos para la investigación y la fórmula elemental para la excelencia académica es ignorada si no es que olvidada. La fórmula es: una gran biblioteca atrae a una gran facultad, y una gran biblioteca induce a los buenos estudiantes a su leño; los buenos estudiantes salen adelante y ganan renombre, los apoyos se incrementan, y también el equipo de fútbol hasta que los ideales originales se pierden de vista, los esfuerzos académicos se debilitan, la biblioteca se descuida, la mejor facultad se desvanece, los buenos estudiantes no buscan más ese ambiente, y el equipo, sin embargo, se mejora.

Se alega que las ciencias ya no usan libros; tampoco las profesiones ya que lo que todos necesitan son datos, datos día y noche, porque los datos, como las drogas, adormecen los sentidos y nos estimulan a pensar qué somos, cuando estamos en el punto más alto de su acumulación, en la cima del mundo. Por supuesto, las bibliotecas contienen

Unos cuantos de nosotros somos lo suficientemente afortunados de vivir en Logotipia, de tener nuestra propia biblioteca, pero para muchos esto no es posible, y por ello necesitamos una institución libre y abierta con una colección equilibrada de libros bajo su custodia y para préstamo, con repisas donde el visitante pueda vagar, curiosear y realizar descubrimientos.



Las bibliotecas contienen libros, y los libros contienen información, pero la información siempre ha tenido menos importancia excepto para las mentes pequeñas. Lo que importa es cómo se arregla la información, cómo es entendida y para qué fines se usa. Para acabar, lo que importa es la información que está en el libro.

libros, y los libros contienen información, pero la información siempre ha tenido menos importancia excepto para las mentes pequeñas. Lo que importa es cómo se arregla la información, cómo es entendida y para qué fines se usa. Para acabar, lo que importa es la información que está en el libro. Acabo de emplear la expresión “Es un hecho de la vida filistea...”. Eso es justo lo que un filisteo esperaría obtener de una biblioteca. Porque los hechos pueden ser extraídos como dientes de las quijadas de algún sistema, porque los hechos son bienes como los zapatos y las camisas y, bueno, como los libros. Esta semana la biblioteca está en barata de cierre de hechos acerca de los desiertos. Adquiera los suyos ahora. El desierto de Gobi se está acabando, y el Sahara le sigue.

Uno se enfrenta a menudo, con comparaciones de la revolución electrónica con la de la escritura y la imprenta, que habitualmente vienen acompañadas de advertencias para los suspicaces de la tecnología de que es irrelevante e inútil resistirse a estos adelantos. Aunque las preocupaciones de Platón, que consideraban que la escritura no revelaba al escritor de la misma manera que el orador exponía su alma, ya que la espontaneidad se veía comprometida; que las palabras serían robadas (como Fedro estaba a punto de hacer con ese diálogo, profunda y hermosamente escrito), y que las palabras se pondrían en boca de otros distintos a sus autores; que la escritura no obtiene respuesta del lector; que la hipocresía, los supuestos plagios y la escritura fantasma aumentaría, de manera que las huecas cabezas de estado harían eco con palabras prestadas y que, extrañamente, las ventajas y poderes del libro le darían poder y ventaja a los ricos, quienes aprenderían a leer y tendrían los medios para adquirir y guardar esos preciosos volúmenes a salvo; todos ellos fueron temores de los que se dieron cuenta de manera abrumadora.

La llegada de la imprenta (como de la escritura) fue combatida por un número de razones viles y egoístas, porque el temor de que desembocaría en un millón de mentes a medio hacer causando la transformación ilícita de una multitud de cabezas inexpertas como consecuencia del despliegue sin freno de la tontería, era también un temor bien fundado. El alarde de suponer que poniendo libros al alcance de muchas manos acabaría con la superstición no era finalmente una esperanza del todo falsa. Ese regalo le dio a millones de mentes la oportunidad de la independencia.

La invención de la fotografía, según recuerdo, iba a sacar a los pintores del negocio. Lo que hizo, por supuesto, fue convertirlos en artistas, y no en grandes y sentimentales reseñistas. Y el retoque por pixelación les otorgó una veracidad tan poco creíble como ninguna otra artimaña. Pero junto con las bendiciones vienen las calamidades. También veo que aunque así como hoy en día un carruaje tirado por caballos sólo sirve para llevar gente muy sencilla alrededor de Central Park, también hay más caballos vivos actualmente en el mundo que los que alguna vez hubo.

Así habrá libros. Y si los lectores cierran sus mentes dedicándose mejor a ver películas que difícilmente les explican algo sobre sí mismos, y si los lectores abandonan la lectura para pasar por el torniquete de la biblioteca hacia la superficialidad, recogiendo pedacitos de jugosos datos de aquí y de allá y divagan en el *email* en esa nueva mo-

da de deterioro gramatical, el resultado será que los verdaderos lectores se convertirán entonces en jefes de los pocos que conservaron su habilidad de razonamiento, los gobernantes. Los libros hicieron a los ricos más ricos. Los libros harán a los inteligentes más inteligentes.

El elevador, al principio, parecía aparte de útil, esa elevación espléndida frente al cielo de noche, o lo que alcanzaras a ver desde ella. Las grabaciones nos permiten escuchar varias veces al día algunas partes elevadas de la “Oda a la Alegría”, el genio se perdió hace tiempo. Y esos milagros de la electrónica moderna que nos han permitido comunicarnos rápida, fácil, económicamente sin mayor chiste con cada parte del mundo nos permiten hacerlo en privado, frente a frente en cada instante. Los viajes aéreos son confortables, de precio razonable y veloces (¿no es así?) y nos permiten ignorar la geografía, tanto como nos permiten ignorar el clima porque hortamos con clima artificial. Y además podemos comprar tomates horrosos cada estación del año en tiendas que abren las 24 horas.

Los libros en las bibliotecas, sin duda algunos de ellos horribles, han pasado por el escrutinio de los editores, quienes comprometen su nombre con la calidad y el éxito. Una vez que llegan a los estantes, pueden convertirse en objeto del desprecio que se merecen por parte de los lectores. Pero al final de todos aquellos canales de entregas digitales medra una multitud de *bips* cuyo continuo chirrido ha creado una estática muy fuerte y angustiada. En medio del ruido que producen millones de tronidos, ¿cómo podremos escuchar e identificar un buen pensamiento cuando éste surja

La biblioteca está hecha para satisfacer la curiosidad de los curiosos, ofrecer hechos a los estudiantes, proveer de un lugar para los solitarios donde puedan disfrutar la compañía y el calor de la palabra. Se supone que provee de manuales a los hacendosos, novelas para los insomnes, erudición para los eruditos y pone a disposición obras literarias para aquellos individuos que en algún momento se obsesionen con ellas de forma tan exitosa que al final estos lectores a la defensiva les den vida.

Yo pienso que el ambiente de libros en que la biblioteca de estantería abierta pone a sus visitantes y la oportunidad del descubrimiento que propicia son más importantes que cualquiera de estas cuestiones tradicionales. Cuando deseo conocer una palabra —*golliwogg*, que descubro que se escribe con dos *g*— o cuando quiero empapar mi mente con alguna información, por decir, la tragedia de la Biblioteca de Alejandría, ¿por qué no simplemente oprimo las teclas correctas de mi computadora, donde, tanto el diccionario como la enciclopedia se encuentran prisioneras? Bueno, lo puedo hacer si sólo quisiera saber la ortografía de *golliwogg*, si las búsquedas, cortas o largas, no fueran grandes placeres en sí mismos, llenos de serendipitias que no me hayan invitado a hojear uno de mis diccionarios (cada hogar decente debería tener una docena) con mi ojo alumbrador, todo el tiempo, buscando palabras más hermosas que una hoja del otoño a través de definiciones más raras que un tío, o grotescas como “hormona secretora de gonadotropina”, al nivel de —¿qué? *gombeen*, que resulta ser una acepción irlandesa para *usura*. Me pregunto si Ezra Pound lo sabía.

De modo similar, cuando camino entre los estantes de la biblioteca en busca de un número que copié de la tarjeta del catálogo, mis ojos

La biblioteca está hecha para satisfacer la curiosidad de los curiosos, ofrecer hechos a los estudiantes, proveer de un lugar para los solitarios donde puedan disfrutar la compañía y el calor de la palabra. Se supone que provee de manuales a los hacendosos, novelas para los insomnes, erudición para los eruditos y pone a disposición obras literarias para aquellos individuos que en algún momento se obsesionen con ellas de forma tan exitosa que al final estos lectores a la defensiva les den vida.



Las bibliotecas conservan lo que nosotros apreciamos y adoraríamos, cobijan lo que se ignora hasta que a su tiempo se manifiesta de nuevo en el registro recuperando lo perdido e ignorando la moda y los prejuicios repulsivos. Las bibliotecas son de por vida, centros en los que somos reciclados, tantas veces como uno se lea a sí mismo.



no están pendientes de mis pies o mirando al vacío; están directamente clavados en la búsqueda en los estantes, recorriendo todos esos lomos intrigantes, todas esas adorables formas y colores y tamaños. Ese nombre en pálidas letras azules *The Sot-Weed Factor*. Aunque publicado por Doubleday, probablemente no había nada que indicara su valor, y aun así lo saqué de su lugar. ¿A qué se refería el título? Leí la primera página como es mi costumbre. La página 1 y la página 99 son mis puntos de referencia. Y luego me lo llevé a casa, negándome a devolver a su lugar el libro con el que había comenzado mi búsqueda. En vez de eso, leí durante dos días en trance de deleite y admiración la novela de John Barth. Es por eso que paseo por la enciclopedia, es por eso por lo que curioseo en los estantes.

Uno no va a la biblioteca una vez, mira por ahí y se va como si ya la hubiera visto. Las bibliotecas no son monumentos o panorámicas de edificios notables; iglesias de Wren, villas de Palladio. Las bibliotecas que adquieren los libros que nosotros no podemos comprar, cuentan con los muchos que no conocemos, un tropel de lo nuevo y los escombros de viejas formas de vida; las bibliotecas conservan lo que nosotros apreciamos y adoraríamos, cobijan lo que se ignora hasta que a su tiempo se manifiesta de nuevo en el registro recuperando lo perdido e ignorando la moda y los prejuicios repulsivos. Las bibliotecas son de por vida, centros en los que somos reciclados tantas veces como uno se lea a sí mismo.

Si hablo por teléfono contigo, observo tu imagen colorida a través de la pantalla, bajo tu mensaje en mi máquina, me encuentro en inspección indirecta, en plática contigo; pero cuando leo lo que has escrito, estás tan ausente como estuviste hace un año, tan distante como el reino del César. Ante mis ojos, parado en los estantes o sentado en el salón de lectura, están tus pensamientos, sentimientos, esperanzas y temores pidiendo comprensión a través de oraciones, párrafos y páginas... pero no en palabras tuyas, no en mis significados, sino más bien en palabras y significados que son universales.

Sí, llamamos recursivo al acto de leer, de cerrar el círculo, de regresar continuamente a un grupo de palabras, comportándonos como Penélope al mover nuestra mente hacia atrás, hacia adelante, hacia adelante, hacia atrás, volviendo a tejer lo que se destejió, deshaciendo lo que está hecho; y el lenguaje que normalmente nos lleva a su origen, que nos lleva de nuevo por el mismo trayecto, más viejo, alterado, Colón de nuevo pero mejor preparado en cada viaje, sabiendo un poco más, preparados para más tareas, igual o más riesgosas, más calmados, seguros.

Finalmente, ya hemos pasado antes por este camino, tenemos viento a favor y hábitos que ayudan; el lenguaje es tal que nos lleva adentro, adentro de la oración —adentro— adentro de la mente —adentro— adentro donde los significados se encuentran y se modifican, se revisan, y revisados donde ninguna percepción, ninguna necesidad, ningún sentimiento o pensamiento debe ser escatimado o puesto de lado.

Reviso esta reimpression que he rescatado hasta que tropiezo, descubro —mi frase, mi maravilla, mi nueva tierra descubierta: “¡En cuántos asuntos vanos desaprovechamos buena parte de nuestras vidas! Repartiendo *adulaciones*, pagando *visitas*, reuniendo y propa-

gando *novedades*, acudiendo a *Fiestas y Teatros*, echándonos una cana al aire en un rincón oscuro.”

Esta oración es una unidad de la conciencia humana. Acomoda sus partes como piecitas de un collage, y aun cuando a un número de artistas se les diera los mismos materiales: es decir, una cantidad de listón, un sobre de papel manila vacío, celofán, papel para envolver, una hoja de papel azul, un timbre postal, un crayón rosa chillón; o si a un número de escritores se les dieran unas pocas palabras idénticas y se les pidiera que hicieran una oración —con “fue” por ejemplo, resultado de “eso”, o “justo”, o “entonces”, y “todo”— ellos no las acomodarian de la misma forma, o tendrían el mismo sentido, o invariablemente preguntarían con algún asombro: “¿entonces todo eso fue justo?”, como si se tratara de un énfasis en una discusión. Entre ellos, sólo James Joyce escribiría del paraíso en *Finnegans Wake*, “entonces todo lo que era, era justo”.

En este proceso de constituir una unidad de percepción humana, pensamiento y sentimiento, que —ojalá— pasara como cualquier otra frase de conciencia hacia otros de forma más integrada e interesante, nada es más vital como frecuentemente descuidado en el lenguaje que su ritmo y fraseo: factores que en el ballet nunca descuidaríamos, porque estamos muy conscientes de la manera en que el cuerpo del bailarín adquiere periódicamente una posición antes de hacer otra figura; y cómo el movimiento básico del torso es agraciado y amplificado por el comportamiento de los brazos, de la inclinación de la cabeza y la sonrisa en los ojos; y cómo el diagrama de cada gesto que hace, fluye hacia otro, y cómo este bailarín tiene que aterrizar de un salto, tan ancho o alto como éste sea, como una semilla alada, y cómo la energía del movimiento se controla por la holgura con la que ejecuta dentro del ritmo y humor y color de la música hasta que vemos un flujo continuo de expresión. Del mismo modo el lenguaje también debe controlar sus pies y moverse con gracia, descubriendo una cara antes de dejar de ver otra, reservando ciertas señales hasta el final, cuando reverberarán a través de la oración como un grito en la calle, y las vocales se abrirán y cerrarán como manos entrelazadas, y las consonantes lanzarán un gemido como alguien que experimenta placer, y el lector se apresurará a lo largo de una proposición ascendente, o suspirará dentro de un recurrente punto lleno de satisfacción ante este último escape de significado: una cana al aire en un rincón oscuro.

Cada día se sacan libros de la biblioteca como si se sacaran bolsas del supermercado con víveres para ser consumidos, aunque algunos son devorados en el mismo lugar, en el salón de lectura, donde tradicionalmente el bibliotecario, usando sus clichés, silencia a las multitudes de por sí silenciosas y mira penetrantemente al ofensivo aire. Aun ahí o en el cuarto rentado de alguien, o aun en una alberca soleada —quién puede predecir los lugares donde ocurrirá el encuentro— el descubrimiento se realizará. Y un dedo encontrará el lugar y lo marcará antes de que la cubierta del libro se cierre, o su lector se levante y lleve su presea de la biblioteca a la cocina, de vuelta al dormitorio, o, junto con flores y dulces, al lado de la cama, en una bolsa de mano a la playa; o quizás un indigente, que ha estado acurrucado en un radiador, abandonará el volumen cuando finalmente se levanta

Cada día se sacan libros de la biblioteca como si se sacaran bolsas del supermercado con víveres para ser consumidos, aunque algunos son devorados en el mismo lugar, en el salón de lectura, donde tradicionalmente el bibliotecario, usando sus clichés, silencia a las multitudes de por sí silenciosas y mira penetrantemente al ofensivo aire.



te, como si lo que el libro dijera no haya dejado huella en su corazón, porque él no tiene credencial. Aun así, como el primer puesto de observación de Colón, cada uno tendrá que descubrir lo que a él o a ella le interesa, sabrá por fin lo que es amar —acontecimiento cotidiano— porque en la biblioteca, esas epifanías, esos enriquecimientos de la mente y vuelcos del corazón, son cosa de todos los días.

La fibra del papel y sus impredecibles sentidos

Antonio Saborit

Cuando un hombre es infeliz escribe las peores poesías, anotó Samuel Taylor Coleridge en uno de los documentos más cuidadosamente leídos por escritor o académico alguno. Se trata de un cuaderno de apuntes de noventa hojas de extensión que se conserva en el Museo Británico, “uno de los expedientes más esclarecedores en esa casa de tesoros”, como escribió John Livingston Lowes, quien lo trabajó de manera exhaustiva hasta concluir el manuscrito del libro *The Road to Xanadu. A Study In the Ways of Imagination*, publicado en 1927. Este cuaderno es pequeño, como queda dicho; la mano de Coleridge lo fechó entre 1795 y 1798 —los años de su florecimiento como poeta—, y está plagado de reflexiones y borradores de versos escritos con lápiz o pluma, siempre en desorden. Su valor es incalculable no sólo para entender a Coleridge, sino también porque es un documento de la psicología del genio y una clave para acceder a los secretos del arte en su proceso, escribió Lowes. Importa el apunte sobre la infelicidad y las peores poesías porque, me temo, lo que viene está plagado de mala poesía, no obstante la reparación que me procura reflexionar aquí sobre algo que tiene que ver con la resistencia de un material tan frágil como el papel —el papel del que está hecho el cuaderno de Coleridge, por ejemplo—, y la variedad de sus vidas —en las manos de su propietario, primero, y después en las de las sucesivas generaciones de lectores que atinaron a pasar por él, desde su aparición en el XVIII hasta nuestros días.

* * *

A veces, ante lo efímero de nuestra vida, muchos desearían para sí y para sus seres queridos la fragilidad del papel. La imagen tiene su encanto, sin duda. No por nada Elías Canetti hizo que el protagonista de la novela *Auto da fe*, Kien, prendiera fuego a su enorme biblioteca en un gesto de rabia y suprema rebeldía.